virtuosas, dejó tan viva huella en mi corazon, que abrí los ojos para considerar y comprender como nunca la vanidad de las cosas terrestres, la nada del mundo que pasa cual relámpago; sobrecogióme el temor de verme condenada si llegaba la muerte á sorprenderme, y aunque no me hubiera decidido enteramente á abrazar la vida religiosa, me convencí de que para mí era la vocacion mas segura, y de este modo era impulsada gradualmente á entrar en ella. Este combate interior duró tres meses. »

De regreso á la casa paterna Teresa sintió robustecerse en su corazon la resolucion de consagrarse á Dios; pero como su salud no mejoraba, temia no poder sostener las austeridades del claustro; el placer que esperimentaba con la lectura de buenos libros era lo único que le hacia soportar sus penas; las *Epístolas* de san Jerónimo reanimaron de tal modo su valor, que habiendo tomado su resolucion, pensó únicamente en advertir á su padre, lo que le parecia un gran paso « pues era tan orgullosa, dice ingenuamente la santa, que una vez anunciada mi resolucion, me parece que no habria podido consentir en renunciar á ella... » De modo que declararse era comprometerse; sin embargo Alfonso de Cepeda amaba demasiado á su hija para separarse de ella; segun él decia, debia esperar su muerte para realizar semejante proyecto, y Teresa que no se sentia con bastantes fuerzas en su corazon para luchar con este obstáculo, no quiso atacarlo de frente y prefirió allanarlo indirectamente. Finalmente decidióse un dia que saldria muy de mañana y que se presentaria á las carmelitas de Avila para ser admitida en el número de las novicias.

« Creo poder decir con verdad, dice aquella generosa mujer, que no se sufre tanto en el momento de espirar como lo que padecí al dejar la casa de mi padre; mis huesos parecian separarse los unos de los otros, pues mi amor para con Dios no era tan fuerte que pudiera vencer fácilmente el que profesaba á mi padre y demás parientes; es indudable que á no sostenerme el Señor, no habria llevado mi resolucion hasta el fin. » Al tomar el hábito de su nuevo estado verificóse en su alma un cambio total; todos los ejercicios de la casa se le hicieron agradables; acudia á ellos con ansia y en ellos hallaba la alegría; las humildes funciones que por obediencia debia llevar en el convento eran mas dulces de lo que jamás habian sido los cuidados de la vanidad; era tan feliz no hallándose sujeta á

las vanas distracciones y á la locura del siglo, que no comprendia cómo habia podido obrarse un cambio tan profundo con tan maravillosa rapidez. Esto depende de que la felicidad viene de dentro y no de fuera; el hombre es mas pobre por lo que desea, que rico por lo que posee; esperar ó temer le fatiga mas que lo que el gozar le satisface; sus deseos abren en él un inmenso abismo, y cuanto en él arroja contribuye á hacerlo mayor en vez de llenarlo; el mundo entero no bastaria para cegarlo; el hombre feliz, tanto al menos como se puede serlo en este mundo, es el que tiene el alma en sus manos y no permite que la domine nada esterior; los hombres, lo mismo que las cosas, pueden en pro ó en contra de nosotros no mas que lo que queremos, y como Dios da la fuerza de querer á los que le buscan y le aman, de aquí que nadie es mas feliz que los que están á su servicio.

Teresa pronunció sus votos en noviembre de 1534; el cambio de vida y las severidades de la regla fatigaron su salud, tanto que esperimentó violentas opresiones de corazon y frecuentes desfallecimientos; su padre vivamente inquieto nada omitió para su alivio, y despues de haber consultado los mejores médicos de Avila, la acompañó á Bazeda, donde residian hombres famosos por su talento y esperiencia; sin embargo los remedios no hicieron mas que agravar aquella enfermedad, cuyos caracteres parecian estraños; la fiebre la devoraba sin cesar, un fuego interior la conmovia continuamente y sus nervios se contraian con inesplicables dolores; desahuciada por los médicos fué de nuevo conducida á Avila, donde en 15 de agosto de 1537 tuvo una crisis tan violenta, que permaneció cuatro dias privada de sentidos; la tumba estaba ya abierta para recibirla y se habian ya pronunciado las oraciones para el reposo de su alma, cuando salió de su letargo. « Solo Dios, dice ella misma, sabe hasta qué punto llegaban mis sufrimientos; mi lengua estaba seca, á fuerza de morderla en mi dolor, y mi garganta tan árida y contraida, que ni siquiera podia tragar el agua; hallábame como ahogada; pareciame que mis huesos se habian separado; era presa de increibles vahidos; y me encontraba en tal estado de postracion, que no podia mover mis miembros, ni sufrir que nadie me tocase. »

El interés de estos detalles para la posteridad está en que fueron para

Teresa el punto de partida de sus progresos en la perfeccion; su paciencia fué heróica, su dulzura inesplicable; entonces traia á su memoria sus buenas lecturas; el recuerdo de Dios padeciendo por los hombres le inspiraba fuerzas, su resignacion parecia aumentar con el dolor, como para serle siempre superior; los asuntos piadosos derramaban los mas vivos consuelos en su alma, la cual se elevaba algunas veces, en medio de la oracion, sobre todas las cosas terrenas, quedando como absorta en Dios; sus lágrimas caian en abundancia; las faltas, por ligeras que fuesen, tomaban á sus ojos grandes proporciones, y en la amargura del arrepentimiento, asaltaban su corazon impetuosos sentimientos de amor.

Esto es lo que la hizo calificar tan severamente, al escribir su vida, aquellos pecados que es costumbre perdonarse con estrema facilidad cuando no se ha llegado á la altura en que se encontraba Teresa á los veinte años.

Finalmente despues de tres años de agudos sufrimientos, Teresa recobró la salud, no para decir que se hallase enteramente buena, pero al menos para seguir su vocacion religiosa; su padre la visitaba frecuentemente, y como muy adelantado en la senda de la virtud, la escitaba á no descuidar los medios de hacerse aun mas perfecta, usando siempre con ella el lenguaje de la mas alta piedad. Poco tiempo despues se vió atacado de su última enfermedad, y Teresa fué á prodigarle todos los cuidados de la piedad filial; Alfonso de Cepeda dió á sus hijos los mas religiosos consejos, y manifestó, derramando copioso llanto, su pesar de no haber servido mejor á Dios, aunque su vida hubiese sido muy cristiana; sus vivos dolores le arrancaron algunas quejas, y Teresa se esforzaba en consolarle recordándole su devocion á Jesús crucificado; cesó de gemir, esperó con resignacion la muerte y dió su último suspiro con grande tranquilidad. « ¿ Hay nada, dice santa Teresa, que haga comprender mejor que esto, cuán culpable soy teniendo á la vista tal vida y tal muerte, de no haberme corregido de mis defectos para imitar en cierto modo á tan buen padre? »

Al arrebatarle la muerte á su padre, Teresa tenia veinte y cuatro años; su piedad tomó entonces un nuevo vuelo, sustentado por el ejemplo de los santos cuya vida leia; un poderoso atractivo le unia á la memoria de san Agustin, primeramente por haber sido educada en un convento de su órden, y despues porque veia con admiracion y esperanza lo que habia hecho Dios de tan gran pecador. La lectura del libro en que el ilustre doctor refiere los estravíos de su vida y su reconciliacion con Dios introducia en el alma de Teresa una viva y firme confianza; creyendo verse pintada á sí misma bajo los rasgos de aquella alma violenta y borrascosa, leyó sus *Confesiones* con indecible avidez, y al llegar al punto en que san Agustin describe su conversion, desprendíase de sus ojos un torrente de lágrimas; aquel suceso era el tema de sus patéticas conversaciones aun mucho tiempo despues, y guardó siempre de él las mas saludables impresiones.

En esta época coloca la misma santa la revolucion que se obró en su fervor; el horizonte del mundo espiritual se dilató ante su mirada, y su corazon respiró hácia el cielo con una libertad no conocida hasta entonces; sintió en su alma cierta sensacion análoga á la que se esperimenta en la cima de las altas montañas, donde el aire sutil y puro da vigor al cuerpo, disipa las nubes de la imaginacion y arrastra el pensamiento á los espacios infinitos; entonces el hombre se hace en cierto modo igual al espectáculo que tiene delante de los ojos, y se pone en armonía con las grandezas de la naturaleza. Guiada por una luz superior, Teresa emprendió su vuelo hácia las realidades celestes; desde las alturas donde se colocó midió la estension de los cielos espirituales, y vió cómo todas las verdades, soles inteligibles, gravitan alrededor del Sol de la verdad suprema; arrobada por semejante espectáculo sintió nacer en ella la inspiracion mística y un delirio sublime de amor divino, y al descender de aquellas regiones, por desgracia tan poco esploradas actualmente, y al hallarse de nuevo en el destierro de este mundo, salieron de su alma desolada ardientes suspiros é inconsolables gemidos, teniendo su palabra una dulzura y un poder á las cuales es imposible resistir; hasta el mismo hombre de mundo no puede leer sin encanto aquellas páginas animadas y palpitantes del pensamiento y del amor del cielo.

No se crea que tan elevada y continua devocion diese á santa Teresa nada de sombrío ni de triste: al contrario, reinaba en su esterior una alegría dulce y atractiva, una noble y graciosa serenidad; la santa no queria que la piedad diese como un baño de tristeza á los que la practican, sino que fuese revestida de aquel gozo pacífico que previene favorablemente y

atrae. « Se engañan, decia, los que piensan que la devocion no puede hermanarse con la libertad del espíritu, » y ella misma nos lo prueba escribiendo con la firmeza de un gran talento y con la sencillez casi juguetona de una niña sobre las cuestiones mas difíciles y delicadas. Solo para obedecer á su director nos ha trasmitido la relacion de su vida y cuanto le sucedió en sus relaciones con Dios; jamás pronuncia su propio nombre ni tampoco el de nadie, y pide que se guarde su secreto. « Confiando en que vos y los que leerán estas relaciones me concedereis esta gracia solicitada en nombre de Dios, escribiré con mas libertad, mientras que en el caso contrario, no podria hacerlo sin escrúpulo; escepto sin embargo en lo que toca á mis pecados, pues sobre esto no le tengo. En cuanto á lo demás basta con ser mujer y mujer muy imperfecta para que no abrigue la menor pretension.... Esto supuesto, solo escribo para cumplir una órden, y desearia poder hacerlo de un modo sencillo y sin comparaciones; mas es tan difícil á las personas ignorantes como yo espresar bien las cosas de la vida espiritual, que me es preciso buscar un medio cualquiera para conseguirlo; y si acaso tengo mala eleccion en mis comparaciones, lo que sucederá muy frecuentemente, tendreis, padre mio, en mi ignorancia un pequeño motivo de diversion. » Despues de haberse puesto bajo la salvaguardia de tan ingenuas confesiones, Teresa se eleva á consideraciones dignas de un Padre de la Iglesia.

Fundada en el principio de que el hombre debe adelantar siempre en la virtud é imprimir á su vida un carácter de perfeccion sin cesar en aumento, dice Teresa que es preciso huir del pecado, sea cual sea, y ocuparse generosamente en la oracion y penitencia, conformarse mas y mas con la voluntad del Salvador de los hombres, á pesar de todas las dificultades, y vivir finalmente en la intimidad de Dios aplicándose á amarlas; este punto es el que desenvuelve particularmente manifestando los grados por los cuales se eleva el alma á Dios. « Presa de incomparable placer, dice, é inundada de la gracia, el alma entra en el arrobamiento del cielo, en aquella feliz ilusion que le hace conocer la verdadera sabiduría, llenándola de indecible consuelo. » En efecto, algunas veces ella parece sustraerse á sí misma y no pertenecerse; sus acentos, como un harpa que hacen estremecer y vibrar los vientos del cielo, resuenan, inspirados por

un genio que no es de la tierra, en perfecta armonía con los cantos de la eternidad; interrumpiendo entonces la tranquilidad de su discurso, se dirige á su Criador y amado Dueño con todo el atrevimiento de su lenguaje exaltado y con todo el delirio de un corazon doliente, pero satisfecho de su herida. « Quered ahora, Rey mio, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo no estoy fuera de esta locura celestial, por vuestra bondad y misericordia, que tan sin merecimientos me haceis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitais que no trate yo con nadie, ó ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó sacadme de él. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos le vieran, que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis vos. Querria ya esta alma verse libre; el comer la mata, el dormir la acongoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de vos, que parece vive contra natura, pues ya no querria vivir en sí sino en vos. »

La costumbre de los divinos consuelos aumentaba cada dia en el alma de Teresa los ardientes deseos de gozar del cielo, mas comprendia demasiado la gran influencia del dolor en este mundo para no aspirar tambien al sufrimiento; esto le hacia esclamar muchas veces desde el fondo de su corazon : Sufrir ó morir; el hastío de la vida presente le dictó un magnífico himno en el cual esplica y saborea estas palabras : Muero porque no muero.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.
Aquella divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á mi Dios prisionero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza :
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
¡Ah! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

El amor de Dios que causaba á Teresa este martirio tan elocuentemente descrito, hallaba su alimento en las prácticas de la religion y sobre todo en la oracion y recepcion de los sacramentos; á este martirio no aplicaba mas remedio que la dulzura de sus quejas. « ¿Qué remedio, esclama, qué remedio hay para mi mal? Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? ¿Qué puedo hacer? me habeis herido con los dardos de vuestro amor y no me curais; me dais la muerte y no me quitais la vida... Oh vida perjudicial á mi felicidad, ¿cuándo acabarás? Te guardo porque Dios lo manda y porque le perteneces, pero no abuses de mi paciencia. Ay! cuán largo es mi destierro! es cierto, que el tiempo es nada cuando se trata de ganar la eternidad! » Este amor al fijarse en Jesús crucificado, prorumpia en arranques apasionados, en tiernas y sublimes inspiraciones, como en el célebre soneto que muchos le atribuyen:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte;
Tú me mueves, mi Dios; tan solo el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte;

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera;
Nada tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Teresa habia llegado á esta elevacion y fuerza de sentimiento por medio de la penitencia, de la humildad y de la oracion; el recuerdo de sus faltas la penetraba de compuncion, y se esforzaba en borrarlas con frecuentes vigilias, austeros ayunos, el cilicio y los azotes; aunque de una salud muy delicada, no se dispensaba del ayuno de ocho meses por año, ni de las demás mortificaciones prescritas por la regla; convencida de que para adelantar por el camino de la perfeccion era necesario un espíritu dócil y humilde, obedecia á sus superiores con admirable sencillez, y era una de sus máximas que si bien es fácil engañarse tomando por revelaciones particulares lo que no es mas que una ilusion de la mente, es imposible errar escuchando la voz de los superiores, pues entonces la falta, en caso de haberla, recae sobre el que manda mal, no sobre el que obedece. Lejos de evitar los insultos y afrentas buscaba ocasion de sufrirlos; sus gustos eran sencillos, y la pobreza era la que mas encantos tenia para su corazon: tanto que si alguna vez le faltaron las cosas necesarias, daba por ello gracias á Dios como por un señalado beneficio, sin que su humor sufriera la menor alteracion. Para la que en la tierra solo buscaba los medios de llegar al cielo, todo era indiferente.

No se mostraba Teresa menos admirable en sus relaciones con el prójimo; dotada de un corazon sensible, la gratitud era para ella un placer en vez de una carga; no pasaba dia sin que lograse hacer á sus semejantes algun oficio de caritativa piedad; imitando el ejemplo y las lecciones de Jesucristo, rogaba con ternura por sus contradictores; su caridad crecia con la malicia ajena, y el que la ofendia ó perjudicaba podia estar seguro de poseer su amor; siempre se la oyó hablar con respeto de las personas que la habian hecho sufrir con sus injusticias, á las cuales lejos de acusar, defendia, diciendo que sus intenciones eran rectas autorizando su conducta los defectos de tan miserable pecadora. Su pacien-